

No era comunista, ni estaba inscrito en otro partido político, pero simpatizaba con la gestión de Salvador Allende y participaba en las concentraciones multitudinarias de esa época, unas de apoyo al gobierno y otras de oposición. Cuando ocurrió el golpe militar, el martes 11 de septiembre de 1973, el país estaba dividido en dos fracciones irreconciliables, nadie podía permanecer neutral. A los dos días del golpe, se levantó el toque de queda<sup>1</sup> impuesto durante las primeras cuarenta y ocho horas y Manuel volvió a trabajar<sup>2</sup>. Encontró la universidad ocupada por soldados armados para la guerra en uniformes de combate y con las caras tiznadas para no ser reconocidos, vio huecos de balas en los muros y sangre en la escalera. Alguien le avisó de que habían detenido a los estudiantes y profesores que estaban en el edificio.

Esa violencia resultaba<sup>3</sup> tan<sup>4</sup> inimaginable en Chile, orgulloso de su democracia y sus instituciones, que Manuel no supo medir la gravedad de lo sucedido y se fue a la comisaría más próxima a preguntar por sus compañeros. No volvió a salir a la calle. Se lo llevaron con los ojos vendados al *Estadio Nacional*<sup>5</sup>, que estaba convertido en centro de detención. Allí ya<sup>6</sup> había miles de personas que habían sido arrestadas en ese par de<sup>7</sup> días, maltratadas y hambrientas, que dormían tiradas en el suelo de cemento y pasaban el día sentadas en las graderías, rogando silenciosamente para no ser interrogadas. Se escuchaban los alaridos de las víctimas y en las noches, las balas de las ejecuciones. Los detenidos estaban incomunicados, sin contacto con sus familiares, aunque éstos podían dejar paquetes de comida y ropa, con la esperanza de que los entregaran a quienes iban destinados<sup>8</sup>. [...]

Por las graderías del estadio pasaba un hombre encapuchado con su carga de culpa y vigilado de cerca por dos soldados. El hombre señalaba a supuestos militantes socialistas o comunistas, quienes eran llevados de inmediato a las entrañas del edificio para someterles a tormento o darles muerte. Por error o por miedo, el fatídico encapuchado señaló a Manuel Arias.

Isabel Allende (1942), *El cuaderno de Maya* (2011)